

IN MEMORIAM Roberto Campos

Por **Raúl Villarroel Soto**

La muerte es el último tabú ha sostenido el filósofo estadounidense Simon Critchley. No podemos mirarla a la cara por miedo a ver el cráneo que hay bajo la piel, asegura. La mayoría de la gente desea morir rápido, sin dolor y como se suele esperar “sin suponer una carga para nadie”. El hecho de nuestra finitud hace que se tambaleen muchos de los axiomas que rigen nuestra forma de vivir. Un gran porcentaje de personas cree en Dios, cree en el cielo y cree en los milagros. Pero parece que, en relación con la muerte, el único sacerdocio en el que la gente cree de verdad es en el de la profesión médica y en el objetivo de sus pócimas sacramentales y de toda su tecnología -termina por sostener-, lo que no es otra cosa que el fomento de la longevidad. Único bien incuestionable de la vida occidental contemporánea, por lo visto.

Ahí es donde, a juicio del pensador, el ideal de la muerte filosófica adquiere su sentido más profundo, porque induce a socavar aquellos lugares comunes de nuestra época, que niegan la realidad de la muerte.

Filosofar sería, entonces, aprender el hábito de tener la muerte continuamente en la boca. De esta forma podemos empezar a afrontar el terror a la muerte que nos esclaviza y que nos lleva a la huida o a la evasión. Al hablar de la muerte, e incluso al reírnos de nuestra fragilidad y nuestra insuperable mortalidad, aceptamos la limitación constitutiva que como seres humanos portamos con nosotros, pero que es, a la vez, la condición necesaria para la libertad humana. Y esta libertad, afirma, no es un estado pasivo ni la simple ausencia de necesidades. Es una actividad continua que exige la aceptación y la ratificación de nuestra mortalidad. No es fácil. Pero, filosofar es aprender a apreciar esa dificultad.

Para Roberto, que era un filósofo en lo más esencial de su ser, todo ello era bien sabido. Todo ello estaba, por decirlo así, siempre “a la mano”. Constituía parte de su estructura moral esencial y daba siempre forma a ese arrojo característico y a ese desenfado peculiar con que decidió enfrentar la existencia, hasta en los momentos más aciagos. Incluso sin contar con muchas de las garantías y oportunidades que a otras personas a menudo les favorecen y que él tuvo que ir procurándose casi por sí solo; asistido más que nada con el tremendo amor de su familia y una gran perseverancia. Todo

lo hizo muy lentamente, mediante un trabajo paciente y dedicado, sintiéndose a menudo pletórico de convicciones personales e intuiciones de futuro que buscaba compartir. Iluminado por una muy particular visión de los logros que quería obtener y esos objetivos personales y académicos que estuvo afanadamente persiguiendo. Todos verosímiles y pertinentes, sin duda. Los mismos que otras personas tal vez ahora quieran recoger, para completarlos y materializarlos por fin como a él le hubiera interesado, de haber tenido el tiempo que le faltó para ello.

Ahora nos queda solo su recuerdo. Ahora lo sentimos como el magnífico ser humano que tuvimos ocasión de conocer y querer tan profundamente. Con aciertos y errores como cualquiera. Pero lleno de potentes intuiciones filosóficas, la mayor parte de las veces tremendamente sorprendentes y novedosas.

El empuje que con su abrupta partida nos dará a todos nosotros nos impulsará a continuar con su rico legado moral y quizás hasta nos obligue a dar los pasos necesarios para terminar su incipiente obra filosófica, por ahora inconclusa.

Descansa en paz compañero. Serás nuestro mejor ejemplo desde ahora en adelante por todo el tiempo que nos resta por vivir.